

EL ÁLBUM APASIONADO DE SENDER*

Antón CASTRO**
Escritor y periodista

La figura de Ramón José Sender (Chalamera, Huesca, 1901 – San Diego, 1982) siempre está asociada para mí a la del crítico aragonés, con orígenes en Abiego, Rafael Conte. A él le encantaba ser categórico y dado a las jerarquías literarias, y decía que los tres grandes narradores españoles del siglo xx son Galdós, Pío Baroja y Ramón José Sender. Lo mismo han repetido otros autores como Fernando Savater, que se ha acercado a Sender como lector. Estudiosos como José-Carlos Mainer, Jesús Vived, José Domingo Dueñas, Francisco Carrasquer, Javier Barreiro o Félix Romeo, entre otros, lo han dicho en diversas ocasiones. Sin embargo, Sender solo ha estado de moda en Aragón a mediados de los años setenta y a principios de los ochenta: se leían mucho *Réquiem por un campesino español*, *La tesis de Nancy*, que fue un libro de lectura en el instituto y en los manuales, y *Crónica del alba*, algo más que un libro de libros: una novela totalizadora, un compendio de la biografía, vida y destino de un escritor que había conocido y vivido las grandes tormentas del siglo xx. El cine la devolvió al lector a través de dos películas: *Valentina* y *1919. Crónica del alba*, ambas dirigidas por Antonio José Betancor. Sender, por otra parte, creo que es uno de los escritores más trasladados al cine.

Resulta difícil encontrar un narrador contemporáneo tan complejo, tan fascinante y a la par tan descomunal, incluso en su indiscutible irregularidad. Sender escribía a favor de sí mismo pero también en contra; escribió para todos, por todos y contra todos, y quizá fuera así, con esa apariencia de contradicción, porque amaba a la vida. Escribió: «Cada uno de nosotros es potencialmente todos los demás».

* Texto de la conferencia impartida en Huesca por Antón Castro el 11 de febrero de 2010, organizada por el Centro de Estudios Senderianos para conmemorar el aniversario del nacimiento de Ramón J. Sender (Chalamera, 3 de febrero de 1901). La presentación corrió a cargo de José Domingo Dueñas Lorente, coordinador del CES. [N. de la R.]

** acastro@heraldo.es

Era curioso, incansable y dado a la dispersión y al extravío. Sender es un escritor vigoroso, de una gran potencia verbal y discursiva. Posee un talento especial, arrollador, de gran novelista, de gran contador de historias y de gran creador de personajes. Es casi imposible encontrar en nuestras letras un novelista que haya tocado tantas varas y estéticas. La memoria de la infancia, con la consiguiente sensación de pérdida y de contenida añoranza, asoma a muchos libros; la intensidad ideológica de las dos primeras décadas del siglo xx (cuando andaba por aquí, en Huesca, de joven periodista y enamorado de la joven Fermina Atarés, pianista a la sazón y futura madre de los Saura) y de la preguerra está presente en otras obras; la sombra homicida de la Guerra Civil le dictó preciosas y dramáticas páginas. Nunca pudo escaparse de aquel socavón, de aquel dolor espantoso, y lo reflejó en muchos títulos de manera directa, alegórica, simbólica o casi documental. Él fue, en París, en México o en Estados Unidos, un huérfano, de hermano y de esposa, un despatriado, un desubicado que sentía una y otra vez una punzante nostalgia por Aragón, por el río Cinca, por los paisajes que adquirirían aroma de leyenda en sus libros. Sender no temió nunca a los géneros ni a los corsés (ni siquiera al corsé de la pintora Frida Kahlo), y se atrevió a tocar la novela histórica con maestría, la narración filosófica, esotérica, existencial, la novela metafísica, la parodia o incluso la novela del héroe del Oeste, como sucedía con *El bandido adolescente*, su visión de Billy el Niño.

Compuso poesía, ensayo, volúmenes de recuerdos y de impresiones, y reescribió hasta el infinito muchos de sus libros. Le obsesionaron la religión, el suicidio, la libertad de pensamiento (en ese sentido se proclamó seguidor de su paisano Miguel Servet), la ciencia, el desarrollo filosófico. Pintó y amó con desesperación (a Amparo Barayón, a Elisabete de Altube, la exiliada vasca que fue su segunda esposa, a la Ania de *Álbum de radiografías secretas*, a Florence Hall, aquella criatura dulce y bondadosa con ojos de mar, parece más que probable que a Luz Campana de Watts..., a muchas otras, a Carmen Laforet desde la distancia, a Simone Weil, cuando menos idílicamente en uno de esos raros amores más poderosos que la muerte). Intentó entenderse a sí mismo una y otra vez: en el desamparo, en la culpa, en la punzante necesidad de escribir contra el desgarró y el tedio, en su propio temperamento salaz, de inagotable curiosidad amorosa y sexual. El 6 de enero de 1982, poco antes de morir y de que apareciese su libro *Álbum de radiografías secretas*, le escribió a Eduardo Fuenbuena: «Esto de escribir es un vicio más avanzado que el tabaco o el alcohol y tan poderoso como la atracción de la mujer. Y no menos arriesgado».

Libros como *Imán*, *Réquiem por un campesino español*, *Mister Witt en el Cantón*, *El lugar de un hombre* o *El rey y la reina* figuran entre las mejores novelas del siglo xx en las letras españolas. Sender adelantó géneros mestizos con *Monte Odina*, escribió una autobiografía elíptica en *Crónica del alba*, de gran alcance, y esbozó un inventario de memorias literarias en *Álbum de radiografías secretas*, que apareció en el mismo mes de su muerte en Destino. Ese libro, y entramos ya en materia, es uno de los más personales, un libro libre todo el rato. Había sido un encargo de su edi-

tor, Josep Vergés, y es un volumen desigual, apasionado, un libro sin demasiado orden, que va y viene, que viene y va, y en él Sender da lo mejor de sí mismo en distintas direcciones: en fluidez narrativa, en la capacidad de trazar un perfil (hay algunos perfiles espléndidos: el de Simone Weil, el de Nancy Cunard, el del Céline, el de Faulkner o el de Picasso) e incluso en esa inclinación suya a coger un capazo de filosofía o de ciencia con auténtico fervor y desmenuzarlo con pasmosa naturalidad, como si estuviera de charleta en el café o de confidencia bajo los álamos del río. La voz natural, dispersa y envolvente del charlatán incansable es uno de los atributos estilísticos de Sender. El escritor se analiza, recuerda a los otros y se recuerda entre los otros. Y lo hace a su manera: desordenada y torrencial, tal como le vienen los recuerdos.

Álbum de radiografías secretas es un volumen, insistimos, sin una estructura definida, sin un orden cronológico, que rescataba Tropo Editores en 2008 en una espléndida edición de quinientas páginas, con diseño del artista Óscar Sanmartín Vargas. Es un ejercicio de evocación y de recuento de vida que prueba cosas que ya sabíamos: Sender no fue exactamente un solitario ni un huraño. Conoció a muchos de los grandes escritores y pensadores del siglo XX, y lo hizo sin complejos; al fin y al cabo él también sonaba como algunos de ellos para el Premio Nobel de Literatura, y los recuerda en el *Álbum* sin afectación ni presunción: confiesa que apenas conoció a Gómez de la Serna, que le caía bastante antipático Azorín y que tampoco Unamuno le produjo una simpatía especial, y dice que coincidió muchas veces con Ramón María del Valle-Inclán, con quien charló largo y tendido: «con León Felipe y Valle-Inclán formaba yo una trinidad pintoresca, entre divina y perrunamente genética». El autor de *Tirano Banderas* le prologó uno de sus primeros libros: *El problema religioso en Méjico: católicos y cristianos* (1928). Como tampoco quiere pegarse el moco, hemos de creerle cuando dice que fue muy amigo de Bertrand Russell, con quien jugó al ajedrez una tarde inolvidable y a quien leyó con provecho, o cuando llama a Robert Graves «mi distinguido amigo, tan altamente calificado como poeta y héroe de la Primera Guerra Mundial», o cuando evoca al poeta Langston Hughes o a Dylan Thomas, «otro hombre de verdadero talento».

El *Álbum*, donde se compromete a hablar de «gente importante», se inicia por la Guerra Civil. Primero habla de un feroz crítico de Lorca, Roy Campbell, que se llama a sí mismo poeta, y Sender dice que ha «engrosado el número ya crecido de los tontos del flamenquismo». Y pronto deriva hacia una figura como Ernest Hemingway, del cual ya había escrito en *Nocturno de los 14*, un curioso libro sobre un tema que le preocupaba mucho y que se le antojaba muy literario: el suicidio. Esa extraña forma de despedida del mundo también le permite recordar a Romain Gary, el escritor y cónsul de Francia que se casó con la actriz Jean Seberg. «Gary parecía no creer en las mujeres y, sin embargo, las amaba todavía al final de su vida como si fueran el ideal perfecto de sus sueños de adolescente. Aunque nunca escribió a ninguna dos mil cartas de amor», algo que sí hizo Hemingway, que se enamoró de Adriana Ivancich y esta le inspiró la Renata de *Al otro lado del río y entre los árboles*.

Sender anota en el *Album* a propósito del autor de *El viejo y el mar*: «Yo no hice buenas migas con Hemingway tal vez porque no tomaba, como él, la literatura por el lado deportivo, ni crematístico. Pero no nos entendamos mal. El defecto suyo era inocente. Ernest Hemingway era un niño grande —muy grande en estatura— y vivió como tal. Incluso su suicidio era o parecía ser parte de un juego de policías y ladrones». Algo más arriba había escrito: «Resulta que el héroe cazador de leones, de rinocerontes, verdadero aventurero y no falsario simulador como el escocés (Roy Campbell), tenía un corazón de adolescente romántico. Él me dijo un día: “He tenido todas las mujeres que he querido y algunas que no quise nunca”. Son las palabras de un cínico, y sin embargo Hemingway no lo era. Quizá se trataba de esas afectaciones viriloides en las que todos caemos alguna vez. [...] Como narrador consiguió Hemingway aciertos difíciles de superar». Me parece que este comentario merece una apostilla: Sender es sincero, escribe sin saña, con confianza, con esa naturalidad que le permite decir las cosas tal como las ve porque en ella no hay rencor ni odio ni asomo de desconsideración. Después de haber escrito eso, tiene más valor este juicio: «Hemingway no conoció España». Y agrega que el único ángulo desde el que vio nuestro país fue el del «sensacionalismo truculento con solo dos dimensiones: longitud y latitud. Le faltaban las otras dos: profundidad y sentido de lo temporal, que lleva implícito el sentido de la eternidad, como la luz lleva implícita la sombra, la belleza, la fealdad, y el idilio —el amor—, alguna amenaza de potencial odio».

En esta obertura del volumen, Sender habla de otros dos suicidas: Holler, que «durante la guerra sufrió heridas que lo inhabilitaron para el amor», y el mexicano y mestizo Torres Bodet, a quien el aragonés había conocido en Alemania y en España, que se disparó un tiro en la cabeza porque se «hartó de sí mismo y de los demás». Sender es un buen retratista de lo bueno y de lo malo. Escribe del sabio, sin lectores, Alfonso Reyes: «Yo creo que Alfonso Reyes ignoraba el odio, el resentimiento y la inquina. Era ante todo un hombre bueno».

Sender era un buen analista y además se arriesgaba en sus comentarios: Kafka encarnaba el lirismo de la crisis de la razón sin caer en la locura. Añade: «Todos sabemos que la poesía no solo se escribe en verso y Kafka es el primer poeta todavía en nuestros tiempos: el antecedente profético de los campos de exterminio nazis y de los famosos *gulags* rusos». Dice que no hay nada satánico en su obra y agrega: «En el fondo de la obra entera de Kafka hay algo que al parecer nadie ha visto aún: hay un fondo de ternura desesperada por la humanidad». Afirma que el tiempo pone a cada uno en su lugar y que «el de Neruda es y será el de un poeta menor, discípulo politizado del gran Rubén».

Ramón José Sender sentía una gran inclinación por las mujeres. Casi siempre las miró con complicidad, con ternura, con voluntad de entendimiento. Y, en cierto modo, la mujer ideal de su vida fue Simone Weil, a la que conoció en la Guerra Civil en Barcelona. Ya la definía así en la primera línea de un capítulo: «Era la perfecta versión femenina del héroe. Es difícil en nuestros tiempos hallar un héroe. Un ver-

dadero héroe capaz de arriesgarlo todo sin esperanzas de recompensa. También es difícil hallar un santo. No menos raro es encontrar un hombre con genio poético o filosófico. Sin embargo, los héroes, los poetas y los santos han hecho nuestra civilización, han hecho todo lo bueno que tenemos hoy. Hallar estas tres cualidades en una sola persona sería difícil. A pesar de las dificultades, el milagro lo tenemos delante en la escritora Simone Weil, muerta en un hospital de Inglaterra en 1943. Cuando murió, tenía treinta y cuatro años. Y era soltera».

A partir de ahí se dedica a explicar y valorar «el mito Weil», que compara con Catalina de Siena o san Juan de la Cruz. Cita a T. S. Eliot: «Yo creo que el alma de esa mujer es incomparablemente más alta que su genio». Recuerda Sender que tenían muchos amigos comunes, entre ellos Paul Nizan, y reconstruye la compleja personalidad filosófica, política y religiosa de una criatura que se alistó en las Brigadas Internacionales, estuvo en Pina de Ebro hasta que se le cayó una sartén de aceite hirviendo en el pie y finalmente, enferma de tuberculosis, murió en Ashford. Las casi diez páginas que dedica a Weil constituyen uno de los mejores análisis del libro y también uno de los mejores retratos; sin lugar a dudas, el más afectuoso.

En un sentido muy diferente hay que citar a la poeta Nancy Cunard, a la que también conoció Sender en la misma época. «Fue una intrépida heroína de la batalla contra lo inexpresable. Lo inexpresable que, como decíamos, espera y necesita ser expresado». Nancy era heredera de la firma Cunard Line (líneas marítimas y aéreas) y pretendía ser poetisa. Anota Sender: «Escribía poco, pero bueno. Aunque no realmente original». Y a continuación revela el secreto de esta mujer de cuerpo largo y las manos llenas de pulseras y brazaletes de marfil genuino: había estado toda su vida enamorada del escritor inglés Aldous Huxley. Sender dice que ese secreto solo lo saben un amigo yugoslavo y él. Aquel amor no fue correspondido, y Nancy Cunard no solía hablar de él porque «le parecía desairado y demasiado triste».

Nancy Cunard y Sender vivieron muy cerca una temporada en Francia, y él describe su personalidad, su interés por las causas perdidas, su estancia en Chile, sus amores con Tristan Tzara o Louis Aragón (al que critica sin compasión alguna) y, sobre todo, su pasión por la vida. El amor a la vida es el sentimiento que más ensalza Sender. Dice: «Su vida fue, como ella dice en otro poema, una mixtura de noches blancas y alcohólicas, furtivas aventuras y reflexiones solitarias esperando otra noche, la de la gran desintegración, cuando Dios nos traslade ligera y graciosamente a un nuevo zodiaco».

Es muy interesante la reflexión que realiza sobre Rusia a la luz del libro *Los tres hombres que hicieron la revolución*, de Bertrand Wolfe, y de su amistad con Alef de Ghizé, que no tenía prejuicios antisoviéticos y decía, cuando Sender se quejaba de que maltrataban a los obreros: «Es la única manera de hacerlos trabajar». Lenin y Stalin salen muy malparados; Sender escribe: «Stalin, el ogro, después de asesinar a su mujer confiesa que no le queda más odio en el corazón, odio para lo humano y lo divino». Trotski resulta algo mejor valorado; estuvo más cerca de los sindicatos,

de los obreros, de los de abajo, aunque tampoco suscitó grandes simpatías a Sender, como dice en otro lugar.

Sender habla mucho de filosofía, de historia de las religiones; le encanta divagar. Y uno de los hombres que le llamó mucho la atención fue Albert Camus, «el más “ordinario” de los hombres extraordinarios de nuestro tiempo. Nunca dejó de ser un hombre masa, un ciudadano del montón». Sender cuenta que le dijo que «el ejemplo vivo del hombre social había sido su único maestro». Recorre su obra, sus logros, lo emparenta con el escritor Dino Buzzati, tan de moda ahora en España, y reflexiona sobre él, y probablemente sobre sí mismo.

«El ejercicio de libertad intelectual no es solo una obligación, sino un gran placer cuyo disfrute por sí mismo justificaría cualquier rebeldía y cualquier heroísmo. Viendo las cosas despacio, ¿qué es la historia de la humanidad sino la historia de la liberación del espíritu?». Intuiciones de este tipo son frecuentes en Sender. Vincula a Camus con su amada Simone Weil y con Lorca, porque todos habían dejado obras perfectas. Recordaba además que hablaba español, que amó durante años a la actriz María Casares, que tradujo *La devoción de la cruz* de Pedro Calderón de la Barca y que no murió a consecuencia de la revolución como había soñado. «Ya sabemos que a Camus no lo mató la tuberculosis ni la revolución. Lo mató sin querer su editor en un accidente de automóvil». En este capítulo, Sender tiene esta intuición política: «Que un político robe es solo absurdo. Que otro político le ataque como ladrón es bello y absurdo ya que probablemente cuando el atacante venza hará lo mismo y todos lo sabemos. El hecho de aplaudir al que acusa (sabiendo lo demás) quiere decir que tomamos una posición frívola, aunque haya sangre. En la política no hay asesinatos frívolos».

Ramón José Sender también era hombre de grandes afectos. Se los tenía a Durruti, o eso parece, y aquí descubre el secreto de su muerte: se le disparó el arma, no fue objeto de conspiración o traición alguna. Al mito que se creó alrededor le llama simulacro truculento. Y además Sender, que es un cazador de secretos, lo explica con humor y dolor. «Y aquella pistola —dice— le falló a Durruti porque se le disparó. La llevaba “al pelo”, es decir, a punto de fuego y colgada del hombro dentro de su funda de madera. En un movimiento de cierta violencia estalló el primer fulminante y a ese siguieron quince más. Los peines de aquella metrallera portable eran de quince balas. Una de ellas bien situada habría bastado. Mi amigo Durruti fue gravemente herido sin que nadie quisiera hacerle daño alguno y fue trasladado al hotel Ritz, en una de cuyas habitaciones de lujo murió poco después. Ya muerto, yo lo miraba pensando: Entre el vacío y la materia (la suya) el movimiento se ha acabado. Ya no se mueve el cuerpo de Durruti. Falta ese tercer elemento de la vida universal. Sin él, la materia y el vacío carecen de sentido [...]. Durruti murió y fue enterrado con todos los honores. España es el país que más honras fúnebres concede a todo el que fallece, probablemente por gratitud».

Confiesa el inmenso cariño que le tenía a Cipriano Mera, el líder anarquista que había conocido en 1928 y al que acompañaría en distintos lugares. Era un hom-

bre menudo y templado, con una energía tremenda, que ponía nervioso al gigantón Hemingway: se las tuvieron gordas y parecía vencer la autenticidad del anarquista español. Tras su muerte, Sender acudió a poner rosas a su tumba con Simone de Beauvoir, quien, aunque no era su tipo, le caía algo mejor que Sartre. En el sindicato de la CNT, Cipriano se había inscrito así: «Soy campesino». Y luego corrigió honestamente: «Es decir, más bien cazador furtivo».

Sender también recuerda a Henry Miller, al que trató mucho, y del que temía que le levantase a su novia, porque era un hombre con leyenda sexual. Ella, además, le decía que Miller le caía mal, pero Sender estaba un poco acobardado.

Habla mucho de William Faulkner. Reconstruye su trayectoria, pero hay un elemento común que los une: otro secreto. Los dos de jóvenes habían tenido una novia. La novia de Faulkner, Stella, no le esperó y se fue a vivir a Australia. La de Sender, tampoco: la mitificada Valentina, nombre de «cristalina sonoridad», se casó con otro y murió joven; está enterrada en Borja. Ese secreto y esa coincidencia les hacía sentirse más próximos, les hacía bromear, polemizar; incluso se gastaban pesadas chanzas que Faulkner aceptaba con tranquilidad. Y al final, el hombre que amaba los aviones y los caballos se reencuentra con Stella y muere de una forma inesperada: como Theodor Gericault, el pintor de *El derby de Epsom* y *La balsa de la Medusa*, a consecuencia de una caída de caballo. Revela Sender: «La única relación del novelista con España fue en la era de Franco y consistió, como dije, en comprar un burro».

El libro se cierra con Picasso. Sender dice una y otra vez que le apasiona pintar, que pinta mucho, y reconoce entre sus dioses personales al Greco, a Zurbarán en menor medida, a Goya y, sobre todo, a Picasso. Sender conoció al pintor; Picasso fue cariñoso con él y lo trató de igual a igual.

He dejado para el final a un escritor extraño, atormentado, incomprendido, un filonazi, un filofascista y, a la vez, desde el punto de vista literario, un auténtico fenómeno del siglo XX. Quizá las mejores páginas, las más profundas y las más complejas, son las dedicadas a él: Louis-Ferdinand Céline. Sender va a su casa acompañado de un gran amigo de Céline, que era médico y era un pesimista huraño. Su retrato es un apuntillado filosófico y narrativo sobre las contradicciones del escritor, del hombre. Es una meditación sobre el mal y sobre los secretos inconfesables: Céline, que ha dejado de creer en los seres humanos, sigue volcándose con sus enfermos y con sus pobres. De vez en cuando, aquella tarde, Sender levanta los ojos para ver a su espectral novia... En una de esas páginas dice: «Céline da la impresión de un conquistador del mundo de la verdad moral que ha quemado sus naves y no puede retroceder ni tal vez avanzar más. Su situación tiene un atractivo para nosotros».

Hay muchas más cosas en *Álbum de radiografías secretas*: política, miradas hacia la infancia, ternura, pasión desahogada por la existencia y un afán incesante de contar y de recordar, de entender y asumir el siglo convulso que a su autor le tocó vivir. Sender también es un magnífico miniaturista, como hemos ido viendo. Dice

de León Felipe: «Parecía extranjero aunque nació en el norte de Castilla. Tenía una musa triste pero convincente. Y, cosa rara, vivía de no se sabía qué, porque ni trabajaba ni tenía fortuna ni recibía por sus versos dinero alguno en ninguna parte. Pero era un poeta sin duda. Algunas de sus evocaciones de don Quijote cantadas por Serrat son de una belleza angustiosamente inolvidable». De César Vallejo señala: «Era Vallejo uno de los poetas que más sufrieron en este mundo (espero que en el otro se lo compensen). Y su talento se expresaba a veces por inhibiciones raras y de una melancolía con sonoridades falsamente vulgares: “Hay cosas en la vida que a veces... yo no sé”. Yo tampoco. ¿Quién sabe? Con Vallejo pude hablar de esas cosas más tarde, en París, en las noches del Sena». De Gómez de la Serna opina: «Era un madrileño casticísimo, de verbenas, circo y café con tostada (media de arriba). Sin embargo, sus maneras, aparentemente propias, no eran suyas sino del París de Jules Renard, de Max Jacob, de Jarry. A mí me parecen bien sus greguerías, sobre todo cuando son un producto infantilmente crudo (dadaísta), pero sus novelas son francamente mal hilvanadas, con falsos tipos y falsos caracteres que no se tienen en pie. Se refugiaba Gómez de la Serna en el derecho a ser diferente, pero para ser diferente hay que ser antes *alguien*». Sender lo conoció casi todo: la bohemia, el periodismo, la guerra africana, el tempestuoso universo de la II República y la Guerra Civil, el exilio, la pérdida, la soledad y la inmensa melancolía de quien mira una y otra vez para España, de quien se proyecta en el tiempo a través de un territorio y de una palabra mágica y eufónica: Aragón.